

5350

La

Herencia de m  
rey —

mo Del

6

# HISTORIA TICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia  
Estados Unidos hasta nuestros dias  
(1776-1895)

POR  
**JERÓNIMO BECKER**

ra, que acaba de ponerse á la venta,  
en amplio y fiel extracto los principales  
examina con imparcialidad la historia  
señala sus defectos y expone con misu-  
altes lo referente á las relaciones exte-  
España, siendo, por tanto, de gran inte-  
conocer de un modo exacto el aspecto  
co de la cuestión cubana.  
o en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

## RECOPIACIÓN

DE LAS

## DE LOS REINOS DE LAS INDIAS

mandadas imprimir y publicar

POR

JUSTAD CÁTOLICA DEL REY CARLOS II

edición, corregida y aprobada por la  
adidas del Tribunal Supremo de Justicia,  
obación de la Regencia provisional del

tomos en folio, 50 pesetas.

## LIÓFILOS ESPAÑOLES

ón completa de todos los tomos publi-  
esta sociedad, de que se hallan la ma-  
agotados.

ublicados 38 tomos en 4.º.—Precio, 900

n hay tomos sueltos.

## ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

## MONASTERIO, TEMPLO Y PALAC

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida  
varias noticias curiosas para el viajero, por

**Juan Noguera Camoccia**

Un tomo en 8.º en cartóné.—Precio, 1 peseta

NOVISIMO

## DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publica  
hasta el día, y adicionado con un considera  
número de voces que no se encuentran en n  
guno de ellos á pesar de hallarse consignadas  
el de la Academia, por

**D. Juan Landa.**

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas

## EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte p  
el mejor aprovechamiento de las sobras, las  
glas para el servicio de una mesa y el modo  
trinchar y comer los manjares, por

**Angel Muro.**

Décimatercia edición, ilustrada con 240 g  
bados, y aumentada con 60 minutos de almu  
zos y comidas para todos gustos y condicione  
algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio  
pesetas.

Al Sr D. Francisco de  
Nieto

Sus buenos amigos

Soy Autor

**LA HERENCIA DE UN REY.**

Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

# LA HERENCIA DE UN REY,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO DE

**DON ARTURO GIL DE SANTIVANES**

Y

**D. CARLOS LUIS DE CUENCA.**

Representada por primera vez en el Teatro del CIRCO el 30 de  
Noviembre de 1875.

---

**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.  
1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

LADY JUANA GREY (17 años).....	SRTA. BOLDUN.
MARÍA TUDOR (34).....	SRA. MARIN.
EDUARDO VI (16).....	SRTA. MENDOZA TENORIO.
GUILFORT.....	SR. TAMAYO.
EL DUQUE NORTHUMBERLAND..	Sr. JIMENEZ.
EL CONDE SUFFOLK.....	SR. CALVO.
PATRICK.....	SR. VALENTIN.
WILLIAMS.....	SR. LUNA.

Ujieres, pajes, damas, nobles, soldados, gente del pueblo .

---

La escena en Londres en 1554.

---

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

---

## ACTO PRIMERO.

---

Salon en el palacio de Windsor.

### ESCENA PRIMERA.

MARÍA y PATRICK.

PAT. ¿No entráis á la recepcion?

MARIA. No... Despues.

PAT. Hace un momento  
que empezó la ceremonia.

MARIA. No quiero perder el tiempo  
en fingidas etiquetas...

¿El Duque se encuentra dentro?

PAT. ¿Habrá fiesta sin el Duque?  
Dentro estará... presidiendo  
la última fiesta quizás  
de su Rey Eduardo sexto.

MARIA. Está peor?

PAT. Muy en breve  
dicen que estará en el cielo,  
si es exacto que los niños  
se van al cielo derechos...  
Al pensar en sus dolencias  
os confieso que no puedo  
guardar mi inmensa alegría  
en la cárcel del silencio.

- MARIA. Patrick!... Se trata del Rey,  
del Rey que vive muriendo.
- PAT. Es verdad; yo me distraigo  
del asunto y sólo pienso  
en que á su muerte, señora,  
habeis de heredar un cetro.
- MARIA. ¡Patrick, que hablais de mi hermano!
- PAT. Bien decís y bien me acuerdo  
de vuestro hermano menor...  
que hoy ocupa un trono vuestro.  
De vuestro hermano, que funda  
su legítimo derecho  
en haberos declarado  
bastarda...
- MARIA. Basta. Dejemos  
esta plática enojosa.  
Decid al Duque que pienso  
que la hora de la cita  
ha llegado con exceso.
- PAT. ¿Esperais al Duque?
- MARIA. Sí.
- PAT. Permitidme que indiscreto  
os pregante qué razon  
tan importante...
- MARIA. No suelo  
contestar siempre.
- PAT. Señora...
- MARIA. Pero... es un asunto sério  
de importancia para mí,  
creedlo bien: que á no serlo  
no buscára á mi enemigo  
para pactar un arreglo.
- PAT. Y vais á buscarle cuando  
su poder está muriendo...  
cuando es toda su grandeza  
la sombra de un niño enfermo.
- MARIA. Precisamente.
- PAT. Señora,  
respeto vuestro misterio.



Mas nunca he visto á la nave  
que feliz arriba al puerto  
pedir amparo á la barca  
que se está en la mar hundiendo.

MARIA. Entre las cosas que nunca  
hayais visto, contad esto.  
No há menester la Princesa  
María nécios consejos.

## ESCENA II.

DICHOS y el DUQUE.

DUQUE. Dispensadme si obligado  
por mis deberes, tardé  
en acudir...

MARIA. Ya pensé  
que estaríais ocupado.

PAT. Si es increíble que pueda  
desempeñar su mision.

DUQUE. Muchos mis deberes son.

PAT. (Con intencion.)  
Y poco el tiempo que os queda.  
Su cumplimiento precisa  
y es necesario correr...

Ved un Duque y un poder (Á Maria.)  
que caminan muy de prisa.

DUQUE. No tanto como quisiera...  
alguno á quien estimais...

PAT. (Con ironía.) Duque, veo que llevais  
la órden de la jarretiera.  
La de Somerset tal vez,  
á quien mandásteis ahorcar...  
Es suerte rara encontrar  
en vos el amigo y juez.  
Mas para ser vuestro amigo  
hace falta corazon.

DUQUE. Por eso... por precaucion  
os hicísteis mi enemigo.

PAT. Milord...

MARIA. Patrick, ya sabeis  
que al Duque tengo que hablar.

PAT. No lo pretendo estorbar.  
Habladle cuanto gusteis. (Váse.)

### ESCENA III.

MARÍA y el DUQUE.

MARIA. Duque, pues ya sin testigos  
hablarnos los dos podemos,  
es necesario que hablemos  
como dos buenos amigos.  
Veo que os causa sorpresa  
mi franqueza inesperada  
y que os decís!... ¿Qué emboscada  
me tenderá la Princesa?  
Decid, Duque: ¿no es así?

DUQUE. Poneos en mi lugar,  
y al oirme y al pensar,  
qué pensaríais de mí?

MARIA. Mala, Duque, es la razon  
en que la duda apoyais;  
las cosas que comparais  
no sufren comparacion.  
Si vos fuérais quien viniera  
á demandarme amistad,  
con mayor facilidad  
puede ser que comprendiera...  
«Este Duque, me diria,  
que divisa en lontananza  
el humo en que su privanza  
ha de convertirse un dia,  
su salvacion deseando  
y su perdicion temiendo,  
un Rey mira pereciendo  
y vé una Reina llegando...  
y pensando si despues

peligrára su existencia,  
humilde, por conveniencia,  
pide amistad á sus piés.»

DUQUE. Humillarme así!

MARÍA. Por Dios,  
no os mostreis tan enojádo.  
¿Por qué me habeis preguntado  
qué es lo que pienso de vos?

DUQUE. Pues bien, señora... Si así  
llegais mi destino á ver,  
ménos puedo comprender  
por qué me buskais á mí.

MARIA. Pensad Duque... medítad  
si habrá razones que lleguen  
á tal punto, que dobleguen  
mi indomable voluntad.  
Y muy grandes deben ser  
para poderme obligar  
á que os venga á suplicar  
quien os pudiera perder.  
Razones de tal valía  
que disipan mi venganza  
y elevan vuestra privanza  
á más poder todavía,  
y tal me obliga su ley  
que á preguntar he venido,  
Duque: ¿al cesar de válido  
quereis ser padre del Rey?

DUQUE. Oh!

MARIA. Leal os hice guerra...  
Leal la ventura os fio...

DUQUE. ¡Poder ver al hijo mio  
en el trono de Inglaterra!  
Loco me vuelvo. ¡ay de mí! (Transición.)  
¡Que así engañárseme pueda!  
Pues dónde hay ley que conceda  
un trono á mi hijo?

MARIA. (Señalando al corazón.) Aquí.

DUQUE. Pero qué os movió á pensar?...

MARIA. Amarle de tal manera  
que más de un reino le diera  
si más le pudiera dar.  
Pero, Duque, vos creéis  
que consienta en ser mi esposo?

DUQUE. Mi hijo aceptará gozoso  
todo el honor que le haceis.

MARIA. Y vos?

DUQUE. Á hablaros no acierto,  
pero llevo á comprender  
que es muy grande mi placer  
para que resulte cierto.

MARIA. ¿Pero pensais que él quizás  
sea quien lo impida?

DUQUE. No.

Siempre mis planes siguió  
sin oponerse jamás.

MARIA. Pues si él sigue vuestra ley  
y le amo yo con locura,  
¿quién habrá que tal ventura  
pueda quitarnos?

UN UJIER. (Anunciando.) ¡El Rey!

MARIA. Callad. Idme á ver más tarde.  
Mudad de conversacion.

DUQUE. Nunca tembló el corazon  
y en la alegría es cobarde.

(Se presenta el Rey.)

¡Qué palidez!

MARIA. Es cruel  
tan ruda y lenta agonía.

DUQUE. (Ap.) Alienta, privanza mia,  
que no morirás con él.

#### ESCENA IV.

EL REY, JUANA, MARÍA y DUQUE.

REY. Dichoso el enfermo, Juana,  
que así en un ángel se apoya.

¿Aquí estais, María?

MARIA. Si.

Estaba la ceremonia  
empezada y no he querido  
interrumpir.

REY. Me sofoca  
el calor de la capilla.  
Aquí hay más aire.

DUQUE. Señora...

REY. Lady Juana, nuestra prima.  
Juana mi hermana.

MARIA. Gozosa

veo que al fin en palacio  
tenemos tan rica joya,  
que es tal la fama que os dan  
de instruida y virtuosa.

DUQUE. Es así... y aun de belleza.

REY. Ya veis que la fama es poca.

JUANA. Por Dios, señores, yo os ruego  
que dejeis tanta lisonja.

REY. Dejáramos las palabras  
á no hallar en tí las obras.

JUANA. Señor...

MARIA. Prima, muy en breve  
vuelvo. Dispensadme ahora  
si os dejo para ocuparme  
de una cuestion perentoria.  
Adios, Juana. (Besándola.)

JUANA. Adios, Princesa.

(Ap. con temor.) Hielo parece su boca!

REY. Es hermosa nuestra prima.

MARIA. Mucho. (Ap.) Demasiado hermosa.

DUQUE. Señor, con vuestra licencia...

REY. Acompañadla.

DUQUE. (Dando la mano á María.) Señora...

MARIA. (Al Duque.) De vos depende mi dicha.

DUQUE. (Á María.) De vos pende mi victoria.

ESCENA V.

JUANA y el REY.

**REY.** Ven, Juana; te quiero ver  
más cerca... Pensando estoy  
en mis desventuras de hoy  
y en los recuerdos de ayer.  
De aquella dichosa edad  
en que á tu lado vivia,  
en que mi pecho tenia  
amor y tranquilidad.  
Hoy sólo tengo tristeza,  
ya la vida me abandona;  
van la fiebre y la corona  
inclinando mi cabeza.

**JUANA.** ¡Esperad!... ¡Quizás el cielo  
os salve tal vez mañana!

**REY.** Mucho te agradezco, Juana,  
esas frases de consuelo...  
veo la vida que huye  
cual sombra vaga indecisa!  
es el cielo quien me avisa  
que mi existencia concluye.  
Sí; como á Rey Dios me advierte  
que un rey necesita ver  
lo que del pueblo ha de ser  
hasta despues de la muerte.  
No sabes cuánto me aterra  
el pensar en aquel dia  
en que mi hermana María  
suba al trono de Inglaterra.  
Tiene agravios que vengar  
y al reparar en su encono...

**JUANA.** Verá que la otorga el trono  
la dicha de perdonar.

**REY.** Vé tu sencilla inocencia  
todos á su semejanza...

cuando vea su venganza  
no pensará en la clemencia.

JUANA. Pero, señor, ¿no ha de ver  
que sus ódios y rencores...  
son los primeros traidores  
que tiene un rey que vencer?

REY. Feliz tú que has aprendido  
á pensar de esa manera!

JUANA. Mi padre en mi edad primera  
dijo una vez á mi oído:  
«Medita siempre con calma  
»al ver este mundo triste,  
»que el Paraiso aun existe...  
»se llama ¡la paz del alma!  
»Si esta dichosa mansion  
»pretendes, Juana, encontrar:  
»nunca dejes de escuchar  
»cuando hable... tu corazón.»

REY. ¿Y eres dichosa?

JUANA. En extremo.

En mi castillo apartado,  
teniendo mi padre al lado,  
nada envidia y nada temo.  
Ni el rencor ni los agravios  
vienen mi sueño á turbar...  
siempre para despertar  
siento en mi frente sus lábios.  
Y entónces el alma mia,  
en su amor embelesada,  
halla su amante mirada  
con la primer luz del día.  
Paso las horas mejores  
en amena distraccion  
y entretengo mi aficion  
con mis libros y mis flores.  
Y lo que más me interesa  
es ver los pobres venir  
muy humildes á pedir  
las sobras de nuestra mesa.

Pues su desdicha al mirar  
veo que puedo tener  
otros libros que aprender  
y otras flores que cuidar.

REY. Y dime ¿nunca has pensado  
en esas felices horas,  
en que ese padre que adoras  
puede faltar de tu lado?  
Quien de la virtud en pos,  
como él, va con santo anhelo,  
un sitio tiene en el cielo  
y un día le llama Dios.

JUANA. Señor!...

REY. Hay necesidad  
de pensar en ese día,  
mayor tu pena sería  
al hallarte en la horfandad.  
Yo pensé en tu porvenir...  
¡ya ves si piensa un rey niño!  
dicen que enseña el cariño  
que para pensar, sentir.  
He pensado como un hombre,  
aunque te cause extrañeza,  
y he buscado en mi nobleza  
quien una al tuyo su nombre.  
¿Qué es eso? ¿Por qué el color  
se aleja de tus mejillas  
y la pura frente humillas?  
Habla, Juana.

JUANA. Yo, señor...

REY. Recelas que el elegido  
no merezca tal ventura...  
tal vez tu alma noble y pura  
guarde otro amor escondido.  
Yo mi apoyo le ofrecí  
al decirme que te amaba.  
Hasta esperanzas le daba...  
mas no he de forzar en tí  
la libre y franca elección.



No, yo á Guilfort voy á hablar  
y yo le haré renunciar  
de su amante pretension.

JUANA. Guilfort...

REY. Sí; cómo ha de ser...

No siempre se logra un plan.  
Ya le calmará su afan  
el amor de otra mujer.

JUANA. De otra... Pero yo... Señor...  
Vuestras órdenes acato.

REY. No; de imponerlas no trato,  
si no le tienes amor.

### ESCENA VI.

DICHOS; un PAJE anuncia á GUILFORT.

PAJE. Señor!... Lord Guilfort.

JUANA. ¡Ah!

GUILF. (Ap.) ¡Ella!

REY. A buen tiempo habeis venido.  
Decid á Juana que duda...  
lo mismo que me habeis dicho,  
á ver si de vuestros lábios  
llega mejor á su oido.

GUILF. Juana: anhelando la dicha  
que en nuestra union adivino  
desde que tu amor me diste  
á cambio del amor mio,  
he sido como el avaro  
que vive siempre intranquilo,  
pues lo que más se desea  
se mira más en peligro.  
Por eso, pensando siempre  
en que por cualquier motivo,  
por cualquier razon de estado  
se pudiera desunirnos,  
le confesé á nuestro Rey  
mi afan; le pedí su auxilio;

- y fué nuestro Rey tan bueno  
que su amparo me ha ofrecido.
- REY. Ya ves que no te engañaba.
- JUANA. Qué feliz me haceis, Dios mio!  
Creí al escucharos ántes  
que me habriais elegido  
otro esposo, y al pensar  
en que un dia ante Dios mismo...  
habria yo de mentir  
al jurarle mi cariño...  
(El Rey reclina la cabeza sobre la mesa.)  
¿Qué es eso?
- GUILF. Señor!... ¿Qué os pasa?
- REY. Nada... Que apenas respiro.
- JUANA. Ah! Qué egoista es la dicha.  
Ambos dimos al olvido  
vuestro estado... Lllamaré,  
señor?
- GUILF. Sí.
- REY. No. Juana, Guilfort;  
os he prometido amparo  
y ahora urge más el cumplirlo.
- JUANA. No os ocupeis... descansad.
- REY. Yo he de ser vuestro padrino,  
y hoy mismo ha de celebrarse  
vuestra union... ¡soy el Rey niño!  
Dos palabras suficientes  
á permitirme caprichos.
- GUILF. Dejad, señor... ;Otro dia!
- REY. ¿Y si otro dia no existo?
- JUANA. ¿Tan mal os sentís?
- REY. Quién sabe.
- JUANA. Mas...
- REY. Ven, Juana; necesito  
aire... vamos al jardin.  
Y vos, Guilfort, es preciso  
que le hableis á vuestro padre.
- GUILF. Vuestras órdenes bendigo.  
(Váse por la puerta lateral de la derecha.)

ESCENA VII.

GUILFORD y MARÍA.

MARIA. (Apareciendo mientras Guilford se inclina delante de la puerta por donde se fué el Rey.)

Aquí está. Mi corazón  
tiembla al saber la verdad!

GUILF. Ah! la princesa! (Saluda y se dirige al foro.)

MARIA. Escuchad.

GUILF. Señora...

MARIA. ¡Qué agitacion  
mostrais!... Cualquiera diría  
que algun pesar os devora.

GUILF. Algun pesar? Oh, señora,  
mi alma inunda la alegría.

MARIA. Oh Dios!... Habeis conseguido  
algun bien inesperado?

GUILF. No. La dicha que he logrado  
siempre mi deseo ha sido.

MARIA. ¿Vos deseabais?...

GUILF. Sí á fé.

MARIA. ¿Y es algo del alma?

GUILF. Sí.

MARIA. Una boda... ¿no es así?

GUILF. ¿Sabeis?...

MARIA. Ya veis que algo sé.

Os mostrais cada vez más  
asombrado... ya comprendo.

Pues veis que os estoy diciendo  
lo que no os oí jamás.

Tambien me extraña, á fé mia,  
que há tiempo lo hayais pensado  
y nada le hayais contado  
á la princesa María.

GUILF. Era mi desconfianza  
de alcanzar tan alto honor...

MARIA. En los asuntos de amor

- siempre existe la esperanza...
- GUILF. Siempre se encuentra despierta  
para temer la desdicha,  
pero al esperar la dicha  
siempre es, Princesa, algo incierta.
- MARIA. Y, no obstante, me decís  
que hoy ya la encontráis segura.
- GUILF. ¡Hoy tiene ya mi ventura  
certeza!
- MARIA. ¿Lo presumís?
- GUILF. Lo sé.
- MARIA. Y vuestro corazón  
es quien tal dicha anhelaba?  
Ó, sedme franco... ¿Alhagaba  
al afecto?... la ambición?...
- GUILF. Señora, grande es la altura  
á que la encumbró su estrella,  
mas yo sólo adoro en ella  
la virtud y la hermosura.
- MARIA. Os honran palabras tales.
- GUILF. Más os afirmo, señora...  
yo desearía ahora  
que ambos fuéramos iguales.
- MARIA. Sí. Y ella deseará,  
si os ama, como yo espero,  
con amor grande y sincero,  
que os igualeis... ¡y será!  
Ah! quiere Dios que os ameis  
sinceramente los dos...  
Yo sé que ella os ama.
- GUILF. Dios  
os pague el bien que me haceis.  
Porque deleita escuchar  
frases que mi dicha auguran.
- MARIA. Los labios que lo aseguran  
os lo pudieran jurar.
- GUILF. También el Rey prometió  
ayudarme.
- MARIA. ¡El Rey!

- GUILF. Sí tal.
- MARIA. El lazo matrimonial  
sabe?... ¿Quién le ha dicho?...
- GUILF. Yo.  
Y quiere ser el padrino  
y apresurar el enlace.
- MARIA. Oh! cuánto me satisface...
- GUILF. (Ap.) Tal gozo!... Yo no adivino!...  
Dispensad pues... si anhelante  
voy con mi padre á arreglar...
- MARIA. Id. No debo yo estorbar  
la impaciencia del amante.
- GUILF. Ya mi dicha conoceis.
- MARIA. Placer con ella me dais.  
¿Á vuestro padre buscais?...  
Mirad... aquí lo teneis.

### ESCENA VIII.

DICHOS y el DUQUE.

- DUQUE. Juntos... y yo sin hablarle...
- MARIA. Duque... se os piden albricias...  
Hay unas grandes noticias.  
El rey promete ayudarle.
- DUQUE. ¡El rey!
- GUILF. Yo le supliqué!...
- DUQUE. Luego tú... lo deseabas!...  
¡Es decir que tú la amabas!
- GUILF. Sí, padre mio; sí á fé!  
Sólo vuestra bendicion,  
vuestro permiso me falta  
para la dicha más alta  
que anhela mi corazon.  
Toda mi felicidad  
en vuestro permiso anida.
- DUQUE. Yo no he pensado en mi vida  
mandar en tu voluntad.  
Si tu alma así lo desea...

si en ello tu dicha está  
siempre tu padre dirá  
con inmenso gozo... ¡sea!

GUILF. Gracias... el alma os envía  
gratitud en su ventura...

DUQUE. Hijo, tu dicha futura  
es el alma de la mía.

### ESCENA IX.

DICHOS, REY, SUFFOLK, JUANA y CABALLEROS.

REY. Pasad, pasad, Caballeros,  
porque quiero que sepais  
una noticia... ¿Aquí estais,  
Duque? Me alegro aquí veros.  
Vuestro hijo os habrá hablado...

DUQUE. Sí tal.

REY. Y bien, ¿qué os parece?

DUQUE. Que aunque ninguno merece  
ser tan altamente honrado...  
es tal su amor... su deseo  
tan grande...

REY. Que no es razon  
privar á su corazon  
de su dicha?

DUQUE. Así lo creo.  
Su voluntad es la ley  
del pecho de un padre amante,  
y si áun esto no es bastante  
es un deseo del Rey.

REY. Gracias, Duque. No he dudado  
nunca de vuestra lealtad.  
Caballeros... escuchad (Á los Caballeros.)  
la nueva que os he anunciado.  
Hoy desea vuestro Rey,  
y en mucho le satisface,  
apadrinar el enlace  
de Guilfort... y Juana Grey.

MARIA. (Ap.) Cielos!

DUQUE. (Ap.) ¡Qué!

SUFF. Gracias, señor.

Ya sabeis con cuánto agrado  
he sabido y aceptado  
este distinguido honor.

Hoy que el destino se fija  
de mi Juana... ruega á Dios  
un padre, que premie en vos  
el bien que haceis á su hija.

REY. Seguid la fiesta empezada.  
Milores... no os detengais.  
Cuando del Parque volvais  
se encontrará preparada  
la capilla de palacio  
para la anunciada union.

DUQUE. Tanta precipitacion.

REY. Quién sabe si aún es despacio!

UN UJIER. (Entrando.) Los consejeros esperan  
á vuestra gracia.

REY. Es verdad.

Los llamé!... Duque, escuchad.  
Si acaso me detuvieran  
demasiado, nõ aplaceis  
el enlace...

DUQUE. ¿Sin vos?

REY. Sí.

Representándome á mí  
mi lugar ocupareis.

MARIA. Boda bien acelerada.

REY. Sí, Princesa, así ha de ser,  
y no se ha de suspender  
ni por nadie ni por nada.

GUILF. Vamos pues...

SUFF. Vamos. ¿Venís,

Princesa?

MARIA. Os seguiré en breve. (Vánse.)

ESCENA X.

MARÍA y DUQUE.

DUQUE. Señora!

MARIA. Oh! Dios! Y aún se atreve  
á hablarme... Y bien, ¿qué decis?

DUQUE. Que apenas puedo creer...  
lo que me pasa, señora.

MARIA. ¿Venís á añadir ahora  
la bajeza al proceder  
más infame y más traidor?

DUQUE. Ved, Princesa, que un lenguaje  
como el vuestro es un ultraje!

MARIA. Vos ultrajásteis mi amor,  
la única esperanza mia  
que mi deseo halagaba...  
Vos la dicha que soñaba  
trocais en triste agonía...  
Vos, Duque, me habeis vendido.

DUQUE. Señora, hablad con más calma.

MARIA. Todo el amor de mi alma  
en ódio habeis convertido.  
Vos, que no podeis saber  
lo que es sentir, ignorais  
lo que es ver al sér que amais  
amando ciego otro sér.

No sabeis lo que es sufrir  
viendo feliz á quien ame.  
Sois vos demasiado infame  
para saber qué es sentir.

DUQUE. Princesa, si esos agravios  
de un hombre los escuchára,  
por mi fé que no dejára  
que terminasen sus lábios...  
Quien no ha de satisfacer  
no es razon pueda insultar.  
Habeis llegado á olvidar,



Princesa, que sois mujer. \*  
MARIA. Olvidarlo... no... Ante mí  
está esa idea presente.  
Por serlo precisamente  
os habeis portado así.  
Porque era vuestra esperanza  
la impunidad de esa accion,  
y es falso, mi corazon  
sabe sentir la venganza...  
sabe trocar en encono  
todo el amor que ha sentido.  
Duque, vos no habeis querido  
en vuestra familia un trono.  
Habeis osado humillar  
á la Princesa María.  
Pues bien, guardaos el dia  
en que comience á reinar!

DUQUE. Guardaos antes, señora,  
que aún vive el rey.

MARIA. Es verdad.

Vive en una enfermedad  
que su existencia aminora.  
Es una luz que se apaga  
llegada su hora postrera.

DUQUE. Puede ser que antes que muera  
mis agravios satisfaga.

MARIA. Sí, Duque... idlos á contar.  
Urge ya que me acuseis.  
Id... id... no me perdoneis  
que no os he de perdonar.

## ESCENA XI.

DICHOS y PATRICK.

PAT. Señora! Duque!

DUQUE. ¿Qué ocurre?

PAT. Ignorais qué está pasando?  
No sabeis que el Rey!...

- MARIA. Acaba.
- PAT. Pues yo os creía á su lado...  
Se dice que hace un momento  
ha caido en un desmayo  
del que no vuelve y se auguran  
los más graves resultados.
- DUQUE. ¡Dios mio!
- MARIA. ¿Será posible?
- DUQUE. ¡Me engañais!
- PAT. Los cortesanos  
que supieron la noticia  
en el jardin del Palacio,  
dejando la alegre fiesta  
vienen á saber del caso  
las fatales consecuencias.  
(Aparecen algunos en el dintel. Despues otros con al-  
gun intervalo. Murmullos de intranquilidad.)
- DUQUE. Tiemblo de pensar... veamos. (Váse.)
- MARIA. Aurora de mi poder,  
yo te saludo.
- PAT. Acordaos,  
señora, de mi alegría,  
que estaba profetizando  
vuestro poder...
- MARIA. Mi venganza,  
es la que por fin alcanzó.
- PAT. Así debe ser la hija  
del gran rey Enrique octavo.
- MARIA. Lo será... No es sólo el cetro  
lo que se viene á mis manos.
- PAT. Comprendo... tambien el hacha.

## ESCENA XII.

DICHOS, JUANA, SUFFOLK, GUILFORD.

- GUILF. Juana mia, sosegaos.
- JUANA. Dejad, por Dios, que le vea.
- GUILF. No es prudente.

- SULFF. Es necesario  
no aumentar su gravedad.  
Si vé tu semblante pálido  
y lágrimas en tus ojos  
y sollozos en tus lábios,  
creerá que está más grave,  
serénate y luego...
- GUILF. Vamos  
los caballeros... (Vánsé.)
- JUANA. Princesa...  
¿estais aquí y vuestro hermano...  
no le habeis visto? ¿Es posible?
- MARIA. Oh! venís á hacerme cargos?
- JUANA. Perdonadme!
- MARIA. (Ap.) Ya el destino  
la coloca ante mi paso.  
(Alto.) Siento que esteis afligida,  
porque este suceso extraño  
interrumpe vuestras bodas  
y alarga tal vez el plazo  
de la dicha que anhelais.
- JUANA. Oh! Qué mal estais juzgando  
mi sentimiento por él.
- MARIA. (Ap.) De incertidumbre me abraso.
- JUANA. ¿Oís?
- MARIA. Un murmullo, sí.
- JUANA. Ya salen los cortesanos...
- MARIA. ¡Qué tristes!
- JUANA (Con ansiedad.) ¡Decid!
- MARIA. (Id.) ¡Decid!
- SULFF. (Abraza á su hija.)  
Ven, hija mia, á mis brazos...
- PAT. El pueblo al saber tal nueva  
hasta palacio ha llegado.
- GUILF. (Al balcon.) Hijos de la Gran-Bretaña,  
ha muerto el Rey Eduardo. (Murmullos.)
- JUANA. Al fin... (Con tristeza.)
- GUILF. Juana mia...
- MARIA. (Con alegría.) Al fin.

PAT. ¡Viva la Reina!

## ESCENA FINAL.

DICHOS, DUQUE y CONSEJEROS.

DUQUE. Esperaos...  
Señores... siento teneros  
que dar esta nueva triste...  
¡El Rey Eduardo no existe!  
Ante estos sus consejeros  
con tanta celeridad  
como su mal permitia,  
cerca ya de su agonía  
ha escrito su voluntad.  
No obstante, la proyectada  
boda... debe hoy mismo ser,  
*«que no se ha de suspender,  
ni por nadie ni por nada.»*

MARIA. ¡Duque!...

DUQUE. Señora!...

MARIA. Por Dios  
que manda muy bien, ¿no es cierto?  
¿Cuando el Rey mi hermano ha muerto  
sois el heredero vos?

DUQUE. Oh! No tal.

MARIA. Pues bien, salid  
de palacio... Tus soldados,  
Patrick, quedan encargados  
de acompañarle.

PAT. Venid.

(El Duque coge de manos de un consejero el papel.)

DUQUE. Los sellos del Rey, mirad,  
su firma... ¿La conoceis?  
Aquí las firmas teneis  
de su Consejo. Escuchad.  
*«Es la voluntad del Rey (Leyendo.)  
que en el momento que muera  
se tenga por heredera*

de su trono á Juana Grey.»  
Ved si con más parsimonia  
os convenia el hablar.  
De órden del Rey va á empezar  
la anunciada ceremonia.

(Empiezan á entrar por donde se supone la Capilla.)

¡Ya veis Princesa María  
cómo engaña una esperanza!

MARIA. Amor!... Corona!... Venganza!...

¡Todo lo pierdo en un dia!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Sala del trono en el palacio de White-Hall. Puertas al foro y laterales. Á uno de los lados una ventana practicable.

### ESCENA PRIMERA.

MARÍA y PATRICK.

Este último entrará por la puerta del fondo al levantarse el telon.

MARIA. Patrick, ¿qué nuevas?

PAT. ¡Fatales!

Juntos están los señores,  
mas son muchos los traidores  
y son pocos los leales.

MARIA. ¿No hay esperanza?

PAT. Ninguna.

Quizás en este momento  
se humillará el Parlamento  
de Juana ante la fortuna.

MARIA. ¡Oh! rabia!

PAT. Ya que abandona  
el cielo á vuestra grandeza,  
bueno es salvar la cabeza.  
si se pierde la corona.

MARIA. ¿Qué me aconsejas?

PAT. Que huyais.

MARIA. ¿Que de mi palacio huya  
y que así la infamia suya  
haga mia?

PAT. Así os salvais.

MARIA. ¿Tienes miedo?

PAT. Cuando estalla,  
señora, la tempestad,  
á su horrible intensidad  
es inútil poner valla.  
En ese triste momento  
en que perdido y sin tino  
se vé en el mar el marino,  
abre las velas al viento,  
y esperando en la piedad  
de Dios, el viento burlando,  
se vá alejando, alejando  
de la negra tempestad.

MARIA. Se huye, cuando no se alcanza  
en la inmensidad del cielo  
ni una sombra de consuelo,  
ni una sombra de esperanza.

PAT. ¿Y vos la alcanzais?

MARIA. Quizá,  
si ese pueblo que me adora...

PAT. Si esa esperanza, señora,  
es el pueblo, os burlará.

MARIA. No. Decir puedo en su abono  
que siempre fiel á su rey...

PAT. Nada importan á esa grey  
las tempestades del trono.  
Pues por razon singular,  
aun siendo el pueblo muy fiel,  
flota el trono sobre él  
como el buque sobre el mar,  
y si acaso un dia llega  
la tormenta, lo que importa  
al mar que el buque soporta  
es anegar lo y lo anega.

MARIA. Pues bien, eso es lo que espero,



anegar lo.

PAT. ¿Vos?

MARIA. Yo, sí;

¿si el trono no es para mí  
para qué salvarlo quiero?  
Ya que la traicion fermenta  
y mi corona me quita,  
lo que mi ódio necesita  
es que estalle la tormenta.

PAT. Y si luego pretendéis  
calmar del mar y del viento  
el empuje violento  
y calmarlo no podeis?

MARIA. ¿Qué importa? Perezca en ella  
quien mi corona hizo suya,  
y aunque el rayo me destruya  
yo bendeciré mi estrella.

PAT. Pensad que no hay quien refrene  
el tormento popular.  
Si se le obliga á marchar  
¿quién su rapidez detiene?  
ni yo, señora, ni vos  
le podremos detener.  
Sólo tiene ese poder  
Dios, Princesa, sólo Dios.

MARIA. ¿Puedes hacerlo marchar?

PAT. ¡Señora!

MARIA. ¡Responde!

PAT. (Con resolucion.) Sí.  
Que hace ya tiempo prevé  
lo que ha venido á pasar...  
Y explotando el descontento  
de muchos nobles leales  
os he buscado parciales...

MARIA. Pues entónces, vé al momento.

PAT. Oh! Tengo tiempo bastante.  
Hoy en la coronacion  
surgirá la rebelion.  
Grande, potente, gigante.

MARIÁ. Vé, Patrick... confío en tí...  
No burles esta esperanza.

PAT. Sereis Reina.

MARIÁ. Oh!

PAT. (Al salir.) Confianza  
en vuestro pueblo y en mí. (Váse.)

## ESCENA II.

MARIÁ.

MARIA. No desmayes, corazon!  
Aún te alienta la esperanza  
de conseguir tu venganza.  
Si se pierde tu ambicion  
lucha con fiero teson,  
guerra sin tregua pregona,  
y si la suerte te abona  
y luchas sin desmayar  
quizás puedas conquistar  
la ya perdida corona. -

—  
Hija de reyes naćí,  
para el trono me formé,  
con la corona soñé  
y al tocarla la perdí.  
Menospreciada me ví  
en mi amor; y por mi mal  
logra mi oscura rival  
al hombre que me enamora,  
y logra tambien, traidora,  
ceñir mi corona real.

—  
Perdida la confianza  
en mi amor y en mi ambicion,  
tan sólo mi corazon  
rinde culto á la venganza;  
ella es la sola esperanza  
que en mi desdicha me alienta.

Ella á mi rencor atenta,  
la tormenta formará  
aunque á mí misma quizá  
me destroce la tormenta.

(El Duque y los Caballeros salen por la puerta del foro.  
El Duque manifiesta extrañeza al ver á María.)

### ESCENA III.

MARÍA, el DUQUE y CABALLEROS.

DUQUE. ¿Vos aquí?

MARIA. ¿Verme os extraña?

DUQUE. Me extraña encontraros sola.  
¿Cómo vuestros partidarios  
os dejan así, señora?  
¿Dónde están? Ninguno os sigue,  
y por mi fé, que me asombra  
que ninguno os acompañe  
en palacio y á estas horas.

MARIA. Estais engañado, Duque.  
Vuestra ambicion os trastorna  
y no veis que me acompaña  
gentil y lucida escolta.

DUQUE. Perdonad; á nadie veo.  
A no ser que entre las sombras  
de esa oscura galería  
para guardaros se esconda.

MARIA. No, Duque.

DUQUE. Pues no descubro...

MARIA. (Señalando á los retratos que habrá en la sala.)  
Miradla. ¿La veis ahora?

DUQUE. ¡Bah!... Los reyes de Inglaterra!

MARIA. Ellos á su nieta escoltan.

DUQUE. No os prestará mucho auxilio  
séquito que muertos forman.

MARIA. ¡Quién sabe!

DUQUE. ¿Quereis que salgan  
de la tumba en que reposan

para auxiliarnos?

MARIA. No, Duque.

DUQUE. Bien haceis, pues poco logran muertos y tumbas.

MARIA. (Con solemnidad.) Milord,  
con el polvo de las fosas  
se forma siempre lo eterno,  
lo que no muere: la historia.

DUQUE. A su fallo me someto,  
mas mientras llega esa hora  
aunque al vasallo le pene  
poner su deber por obra,  
de vuestra persona augusta  
apoderarme me toca.

MARIA. ¿Os atreveréis?

DUQUE. A todo  
lo que mi deber me imponga.

MARIA. ¿El deber ó la venganza?

DUQUE. No discutamos, señora.  
Debeis estar detenida  
en esa cámara próxima  
hasta que llegue el momento  
de la régia ceremonia.

MARIA. ¿Y despues?

DUQUE. De vuestra suerte  
dispondrá la Reina. Hola!

(Á los Caballeros que están al fondo.)

Acompañad, caballeros,  
á la Princesa. Esta escolta  
es más útil que la vuestra.

MARIA. Oh! no. Dejadme. Iré sola.  
Barones que han olvidado  
sus nobles ejecutorias,  
tan sólo sirven de guardia  
á la infamia y la deshonra.

DUQUE. (Con calma.) Acompañadla, señores.  
Id, Princesa.

MARIA. Pues forzosa  
es la humillacion... la sufro.

Cuando gustéis... estoy pronta.  
Pero temblad, señor Duque,  
si la fortuna se torna.  
Temblad si vuelve su rueda.

DUQUE. Como un dique yo la ponga,  
no volverá, yo os lo juro;  
os lo juro por mi honra.

MARIA. ¿Y qué dique será ese?

DUQUE. (Inclinándose respetuosamente.)

Es mi secreto, señora.

(Vánse la Princesa y los Caballeros.)

#### ESCENA IV.

DUQUE.

Altiva como su padre!  
Como su padre, orgullosa!  
Mas yo domaré su orgullo  
poniendo mi plan por obra.  
Combate á muerte y sin tregua...  
Mas qué vale una corona...  
siendo tan grandioso el triunfo,  
¿quién duda de la victoria?

#### ESCENA V.

DUQUE y JUANA.

JUANA. Al fin os veo.

DUQUE. Vos, Juana!

JUANA. Ayer he querido en vano  
veros, os busqué anhelante,  
pero no pude encontraros.

DUQUE. ¿Qué me queráis?

JUANA. Pediros  
la paz que me habeis robado.

DUQUE. Yo, señora?... No comprendo...

JUANA. Ese cetro que en mis manos

quereis colocar, me quita  
la ventura y el descanso  
de mi vida; esa corona,  
signo de poderes altos,  
como corona de espinas  
está mis sienes punzando.

DUQUE. ¿Y acaso puedo, señora,  
esas penas evitaros?

JUANA. Sí, Milord.

DUQUE. No alcanzo cómo.

JUANA. Vos sois quien ha colocado  
en mis sienes la corona,  
causa de mi sobresalto.

DUQUE. Permitidme, no fuí yo,  
si no el Rey!

JUANA. Pobre Eduardo.

DUQUE. Su voluntad os dió el trono  
y no yo; pobre vasallo  
muda obediencia debia  
al precepto soberano.

JUANA. Ah! Milord! Si yo no puedo  
aceptar tan noble cargo  
que es superior á mis fuerzas  
y superior á mis ánimos.  
Sí, sí, milord; educada  
en un castillo, alejado  
de las cábalas é intrigas  
del piélago cortesano,  
vivir no puedo en la córte,  
su falsía me hace daño  
y mis afectos ahoga  
la atmósfera de palacio.

DUQUE. Mucho puede el régio sólio,  
ya os ireis acostumbrando.

JUANA. El régio sólio! ¿Qué vale  
para mí?... Más que el boato  
de la majestad aprecio  
la tranquilidad del campo;  
más que el palacio de Windsor

mi castillo solitario,  
y más que el brillo del trono  
el amor de los que amo.  
Ah! Milord! Vos que sois bueno,  
vos, señor, que me amais tanto,  
permitidme que me aleje  
de ese trono que rechazo.

DUQUE. No es posible!

JUANA. ¿Mis razones  
no os convencen?

DUQUE. Las acallo,  
que esas razones no valen  
ante la razon de Estado.  
Vos os debeis á Inglaterra.  
Bajo vuestro régio mando  
feliz vivirá su pueblo,  
y esto sólo ha de bastaros  
para acallar los temores  
pueriles á que dais pábulo.

JUANA. ¿Al pueblo?... ¿Qué importa al pueblo  
que reine?

DUQUE. ¿Quereis dejarlo  
á los vengativos ódios  
de la Princesa entregado?

JUANA. Su derecho es más legítimo  
que el mio. De Enrique octavo  
es hija.

DUQUE. Sí, mas bastarda.

JUANA. Eduardo era su hermano  
y ella ocupar debe el trono;  
sí, milord, ¿á qué ocultarlo?

DUQUE. La corona de Inglaterra  
era, Juana, de Eduardo:  
él podia á su capricho  
disponer de ella, y pensando  
en la dicha de este pueblo,  
á vos dejó sus-estados.  
Y á más, escuchadme, Juana,  
atenta, pues voy á hablaros

- como un padre. ¡Amais á Guilfort?
- JUANA. ¿Me preguntais si le amo  
cuando sabeis que es mi vida?
- DUQUE. Y á vuestro padre amais?
- JUANA. Tanto  
que él es mi guia, y yo soy  
el consuelo de sus años.
- DUQUE. Pues bien; por mí nada os digo.  
Mas por ellos... si salvarlos  
quereis, y que no perezcan  
bajo el hacha en el cadalso,  
ocupad el trono, Juana.
- JUANA. ¿Qué decís?
- DUQUE. En vuestras manos  
están sus vidas, la mia  
y aun la vuestra; á qué negarlo?  
La Princesa no perdona,  
y vos la habeis usurpado  
no el trono, sino el cariño  
de mi hijo.
- JUANA. (Aterrada.) ¡Cielo santo!
- DUQUE. (Aparte con satisfaccion.)  
Bien; ya es mia: ya del trono  
de Inglaterra soy el amo.

## ESCENA VI.

DICHOS, GUILFORT y SUFFOLK.

- JUANA. Ah! mi Guilfort!
- GUILF. ¡Juana!
- SUFF. Duque,  
los escoceses al mando  
de Williams están dispuestos.
- JUANA. Padre, tambien cortesano?
- SUFF. Hija mia, en este lance,  
se juega la vida y trato  
de conjurar el peligro  
si es posible conjurarlo.



DUQUE. (Á Juana.) ¿Oís?

SUFF. (Al Duque.) Duque, nos esperan.

DUQUE. (Á Suffolk.)

Vamos, señor Conde.

SUFF.

Vamos. (Vánse.)

## ESCENA VII.

DICHOS, menos el DUQUE y SUFFOLK.

JUANA. ¡Guilfort!

GUILF. Mi Juana! mi amor!

¿Qué motiva tus enojos?

¿Por qué con triste rigor,

emblema de tu dolor,

asoma el llanto á tus ojos?

¿Por qué razon hoy que brilla

de tu amor la aurora amante,

tu hermosa frente se humilla

y húmeda está tu mejilla

y pálido tu semblante?

Por mi fé que no imagino

qué motiva tu querella,

ni el dolor que en tí adivino,

adorada reina y bella,

¿cuál mejor que tu destino?

JUANA. El mio! Triste irrision!

Me preguntas, ¿que cuál fuera

mejor que mi condicion?

Bien lo dice mi aficcion!

cualquiera, Guilford, cualquiera.

GUILF. ¿Tienes un reino á tus piés

y eso dices?

JUANA. Sí. Perdona

mi locura, mas si ves

en mí tanta pena, es

causada por la corona.

¡Reinar! Para qué reinar

si reinar sólo es vivir

de un dolor tras un pesar,  
llegando hasta desear  
para descansar morir?  
¿Qué me va el trono á ofrecer?  
Una existencia sin calma,  
sin ventura y sin placer;  
y quizás, quizás perder  
la dulce paz de mi alma.

Ah, Guilfort! Cuán feliz fuera  
si en vez del menguado brillo  
que aquí en la córte me espera  
me volviera á aquel castillo  
donde ví la luz primera.

Allí feliz viviria  
con tu amor, que es el mejor  
presente que Dios me envia,  
y mi vida pasaria  
como un ensueño de amor.

**GUILF.** Pues bien, Juana, si es tu anhelo  
el que dices, abandona  
de la corona el desvelo.

¿No puso en tu frente el cielo  
de la virtud la corona?

Si un trono pierdes aquí,  
tienes otro, á no dudar,  
pues yo que mi amor te dí,  
en el alma para tí

tengo un trono y un altar.

Partamos de aquí, marchemos  
y en tu castillo escondido  
venturosos viviremos  
y la paz disfrutaremos  
del amor y del olvido.

Allí serán sonrientes  
nuestros sueños ideales,  
tan puros, tan inocentes  
como los puros cristales  
de sus lagos transparentes.

**JUANA.** Ah, sí. Partir es mejor.

¿Mas no te faltará, allí  
de la córte el esplendor?  
¿No eres ambicioso?

GUILF. Sí...

Ambicioso de tu amor;  
con él feliz viviré.

JUANA. ¿No vendrá tu pensamiento  
hácia el trono que dejé?

GUILF. Nunca!

JUANA. Pues bien... sí... yo haré...

Pero, ¡ah! no... ¿Qué es lo que intento?

GUILF. ¡Por qué dudas!

JUANA. ¡Triste suerte!

GUILF. Juana del alma, sé fuerte.

¿Reinar acaso es vivir?

JUANA. Ah! Si tengo que elegir  
entre reinar ó la muerte.

GUILF. Cómo! Dime?...

JUANA. ¡Para qué!

¿Qué puedo hacer?... No lo sé.

Mi pobre razon vacila  
igual al ave que oscila  
cuando su nido no vé.

GUILF. De tu amante desvarío  
hijos tus temores son...

JUANA. Ah! ya sé... Gracias, Dios mio!

Tú iluminas mi razon  
y en tus bondades confio.  
Mas si cumplir no pudiera  
por mi mal, lo que quisiera,  
entónces sin vacilar  
iré, Guilfort, á ocupar  
ese trono que me espera.

GUILF. Explícame...

JUANA. No: es mejor  
que no sepas lo que intento.  
Déjame... sal por favor,  
confia en Dios y en mi amor  
y vé tranquilo y contento.

- GUILF. No, mi bien; piensa en mi ruda  
inquietud...
- JUANA. Guilfort, ten calma.  
¡Dios me prestará su ayuda!  
no dudes, porque la duda  
es el infierno del alma.  
Sal.
- GUILF. Te dejo á mi pesar.  
Mas por Dios, Juana querida...
- JUANA. Guilfort, no más vacilar.  
Adios.
- GUILF. Adios. (Ap. al salir.) Por mi vida,  
¡no sé qué puedo pensar! (Váse.)

## ESCENA VIII.

JUANA.

Sí, mi plan es el mejor;  
á sus piés me arrojaré  
para calmar su rigor,  
y me inspirará el Señor  
y mi anhelo lograré.  
Á luchar con alma entera!  
La paz que mi pecho espera  
será, si venzo, mi gloria,  
ante tan dulce victoria.  
¿Quién de vencer desespera?  
Basta ya de dudas, sí.  
Hola!

(Aparece un Ujier y habla con él un momento en secreto.)

Lo que voy á hacer  
es digno de él y de mí,  
pues cumplo al obrar así  
con Dios y con mi deber.  
El Duque de mí dirá  
lo que le plazca; quizá,  
pues, su enojo desafío

me inculpe... pero en Dios fio!  
Alguien se acerca... Aquí está.

ESCENA IX.

JUANA y la PRINCESA MARÍA.

MARIA. (Con altivez.) Me llamásteis y aquí estoy.

Por vuestro ruego he venido,  
acaso dando al olvido,  
lo que sois y lo que soy.

JUANA. Os ruego me perdoneis,  
Princesa, si os ofendí.

MARIA. Basta: pues ya estoy aquí,  
acabemos. ¿Qué quereis?

JUANA. Oh! ved que cuadra muy mal  
con mi humildad tal rencor.

MARIA. ¿Pudiera acaso mejor  
hablar con una rival?  
Pudiera frases mejores  
emplear en la presencia  
de quien me roba la herencia,  
la herencia de mis mayores?

JUANA. No sigais, Princesa, no;  
pues si así quereis hablar,  
me vais á hacer recordar  
que aquí la Reina soy yo.

MARIA. (Irónica.) Ese título os abona!  
Por Dios que quiero saber  
y estoy anhelando ver  
cómo llevais mi corona!

JUANA. ¡Vuestra corona! Por Dios!  
Que sois cruel en verdad!  
Si es que la quereis, tomad.  
Yo misma os la ofrezco.

MARIA. (Con asombro.) ¡Vos!

JUANA. Sí, Princesa: ¿qué os extraña?  
Con toda el alma os la ofrezco,  
pues el trono no merezco

y su resplandor me daña.  
¿Qué ofrece el trono?... Zozobras.

**MARIA.** Vuestras frases creería  
si guardasen armonía  
con las palabras, las obras.

**JUANA.** ¡Cómo!

**MARIA.** Sí. Vos rechazais  
el monárquico atavio,  
y no obstante, el trono mio  
codiciosa me usurpais.  
Vos rechazais la grandeza  
de la corona brillante;  
pero con ella, no obstante,  
adornais vuestra cabeza.  
Vos del cetro soberano  
hasta con desprecio hablais,  
y al par que lo despreciáis  
lo estrechais en vuestra mano.  
Y en mi palacio vivís  
y por mi reina os teneis,  
y sin saber qué quereis  
ni qué ambicionais, decís:  
«aunque mi desdicha labras,  
ven á mí, corona real.»  
Ya veis cómo cuadran mal  
las obras con las palabras.

**JUANA.** (Dignamente.) Oid, señora: si aquí  
hace un momento os llamé,  
fué porque nunca pensé  
que me ultrajárais así.

**MARIA.** (Altiya.) Y bien?

**JUANA.** (Digna.) Á deciros voy  
que si esto hubiera sabido,  
no hubiera dado al olvido  
lo que sois y lo que soy.

**MARIA.** Oh!

**JUANA.** ¡Pero no! Perdonad  
las frases que pronuncié.  
Al decir las escuché

tan sólo á mi dignidad.  
Hablemos, Princesa, en calma,  
ya que quizás esta sea  
la postrera vez que os vea.  
Vos me odiais con toda el alma;  
el ódio que me teneis  
nace de que Reina soy,  
y yo á proponeros voy,  
Princesa, que no me odieis.  
Para ello, sin resistencia  
á vuestro derecho cedo.

MARIA. Ah! Teneis al trono miedo?

JUANA. No al trono; sí á mi conciencia!  
Ese es mi miedo, señora.  
Yo no quiero que el mañana  
al nombre de Lady Juana  
añada: «la usurpadora».

MARIA. ¡Ah! me hablais con lealtad?

JUANA. A qué el engaño, Princesa?  
Si yo gano en esta empresa  
ventura y tranquilidad.  
Responded... con ánsia espero  
vuestra respuesta.

MARIA. (Ap.) ¿Qué hacer?  
Oid: si acepto el poder  
qué me exigís? saber quiero  
qué pide quien me abandona  
el trono.

JUANA. A rogaros iba  
que useis la prerogativa  
más santa de la corona.

MARIA. Me imponeis la condicion...

JUANA. De que olvideis lo pasado  
y empeceis vuestro reinado  
con un acto de perdon.  
De la córte partiremos  
dejando su pompa y brillo...  
Felices en mi castillo  
nuestra dicha os deberemos.

MARIA. Vos y vuestro padre...

JUANA. Sí...  
y Guilfort...

MARIA. Guilfort tambien...

JUANA. Renuncia... cifra su bien  
en no apartarse de mí.

MARIA. Oh... juntos!...

JUANA. Unió á los dos  
el cielo...

MARIA. (Ap.) Qué resolver?...  
le pierdo, pero el poder  
gano...

JUANA. Responded, por Dios!

MARIA. Sin verle... ¿para qué el trono?  
pero no... debo reinar.

JUANA. Quereis, por fin, dominar  
un momento vuestro encono?  
quereis, por fin, responder?

MARIA. Antes juradme cumplir...

JUANA. No es tiempo de discutir,  
sólo es tiempo de escoger.

MARIA. ¿Qué hacer? si en lucha tan ruda  
lo que escoja es en mi daño...  
(Empieza á sentirse rumor lejano.)

JUANA. Aceptais?...

MARIA. Ah! no me engaño,  
ese rumor... sí... no hay duda,  
oh! mi fiel Patrick....

JUANA. Hablad.  
Decidíos, yo os lo mando.

MARIA. Ya el pueblo está festejando  
á vuestra Real Majestad.  
Ya vuestra noble indulgencia  
es tardía, por mi fé,  
pero nunca olvidaré  
vuestra excesiva clemencia.

JUANA. Oh! no aceptais?

MARIA. No, por Dios.

JUANA. Princesa...



MARIA. El mal está hecho.

Yo no cedo en mi derecho.

Ó yo todo... ó todo vos.

(Desde esta escena ha de ir creciendo el rumor del pueblo muy lentamente, hasta llegar, donde lo indica el diálogo, á escucharse creciente murmullo que se acerca cada vez más; pero sin resultar demasiado inmediato.)

## ESCENA X.

DICHAS, el DUQUE.

DUQUE. Señora, llegó el momento que anhelé con tanto afán. Pronto homenaje os darán los lores del Parlamento, con noble y gentil alarde vendrán á vuestra presencia.

MARIA. Duque, tengo la evidencia de que van á llegar tarde.

DUQUE. Vos, señora, ¿vos aquí? y cómo?

JUANA. Yo la rogué que viniese...

MARIA. Juana fué, yo á la reina obedecí.

DUQUE. Mal escucho ó loco estoy! (Á Juana.) ¡Cómo pudísteis osar!...

JUANA. Pienso que vais á olvidar, señor Duque, lo que soy.

DUQUE. Pero tan menguada idea...

JUANA. (Con altivez.) ¿No soy yo la reina aquí?

DUQUE. (Subyugado.) Señora!

JUANA. (Altiya.) ¡Responded!

DUQUE. (Subyugado por las frases de Juana.) Sí.

JUANA. Pues dejadme que lo sea. (Váse.)

## ESCENA XI.

DICHOS, menos JUANA.

MARIA. Con soberano desden  
vuestra reina os ha tratado.  
Para vos, Duque, el reinado  
no empieza, en verdad, muy bien.

DUQUE. Oh!... señora!

MARIA. Por mi honor  
os puedo, Duque, jurar  
que si yo llego á reinar  
os he de tratar... mejor.

## ESCENA XII.

DICHOS y WILLIAMS.

WILL. Señor Duque.

DUQUE. ¿Qué sucede,  
que llegais con tanta priesa?  
Hablad.

WILL. Señor!

MARIA. No os asombre,  
buen capitan, mi presencia.  
¿Qué nuevas traeis?

WILL. Señora...

DUQUE. Hablad, sí, Williams. ¿Qué nuevas?

WILL. Que se notan en el pueblo  
síntomas de efervescencia  
y que rodea el Palacio  
amenazando revuelta.

MARIA. Ah!

DUQUE. Y eso es todo?

WILL. He mandado  
que se guarden bien las puertas.

DUQUE. Y que pague con la vida  
el que franquearlas quiera.

Y á más prended á quien haga  
de la asonada cabeza,  
y conducidlo á la torre  
y colgadlo de una almena.

MARIA. (Ap.) Qué ansiedad...

UN UJIER. (Anunciando.) Sus señorías  
los barones de Inglaterra.

### ESCENA XIII.

DICHOS y CABALLEROS.

DUQUE. Llegad.

(Los Caballeros se detienen al ver á la Princesa.)

MARIA. Avanzad, señores.  
No os asombre mi presencia.

Yo á la reina prestar quiero  
pleitería la primera.

¿Os extraña lo que os digo?

Por mi fé, rara extrañeza.

Si para hacer lo que hago  
me señalásteis la senda!

vosotros, sí: los barones

poderosos de esta tierra;

los que á mi padre debísteis

vuestros timbres de nobleza,

y hoy rompiendo el juramento

de fidelidad eterna,

hacéis de vuestras traiciones

pedestal á la grandeza.

DUQUE. Callad, señora, ó rompiendo  
todo respeto...

UN UJIER. (Anunciando.) La reina!

MARIA. Llegó el momento, señores;  
aclamadla sin tibieza,  
no os avergüence ese grito  
que van á dar vuestras lenguas,  
pues desgraciados los reyes  
que se aclaman con vergüenza!

ESCENA XIV.

DICHOS, JUANA, GUILFORD, SUFFOLK,  
y ACOMPAÑAMIENTO.

- DUQUE. La reina!
- GUILF. (Ap. á Juana.) Juana mia!  
Valor!
- JUANA. (Á la princesa.) Una palabra de clemencia,  
señora, porque es tiempo todavía.
- MARIA. (Ap. á Juana.)  
Quiero cumplir la ley de mi existencia.  
Ya que podeis reinar, reinad un dia.
- JUANA. (Á María.)  
Si por vengaros rechazais el trono  
de vuestros padres gloria,  
al tribunal de Dios os abandono  
y al fallo de la historia.  
(Acrece el rumor por fuera. María se aproxima á la  
ventana.)
- DUQUE. (Á Juana.) Señora, recibid el juramento  
que ha venido á prestaros la nobleza.  
(Acrece el rumor más y más.)
- MARIA. (Ap.) No sé por qué presiento  
que mi venganza empieza.  
(Gran tumulto por fuera, ruido de armas y vivas á la  
reina María.)
- DUQUE. Oh! qué es esto?  
(Á Williams.) Id á ver. (se va Williams.)
- MARIA. No me he engañado;  
descubro á mis leales irlandeses.
- WILL. (Entrando.)  
Señor, señor, el pueblo amotinado  
arrollando los guardias escoceses  
amenaza invadir el real estrado.
- MARIA. ¡Ah!
- DUQUE. Vil traicion!
- GUILF. (Á los Caballeros.) Seguidme, caballeros,  
que á rechazar la plebe amotinada,

de fijo bastarán vuestros aceros.

Á vencer ó morir.

JUANA. (Bajando precipitadamente del trono.)

No. Desgraciada

la régia majestad que se cimenta  
sobre sangre inocente: Desdichada!

Desdichada corona

la que al ceñir la frente la ensangrienta.

GUILF. No luchar, es morir; la lucha es vida.

Hoy tu existencia nuestro esfuerzo abona,  
y yo debo luchar, Juana querida.

Seguidme.

DUQUE. Sí, marchemos;

y, ó muramos luchando en la jornada,  
ó la agresion traidora rechacemos.

GUILF. Vamos.

JUANA. Por Dios.

GUILF. Venid. (salen.)

JUANA. (Con profundo sentimiento.) No escuchan nada.

## ESCENA XV.

JUANA y MARÍA.

Rumor grande en toda la escena y vivas á María.

JUANA. Obediente á mi Dios y á mi conciencia,  
les mandé no luchar y á luchar fueron.

Si en tan poco tenian la obediencia,  
para qué por su Reina me eligieron?

(Queda un momento abatida.)

MARIA. (Desde la ventana.)

La contienda empezó con nuevos bríos!

¡Ay Dios! ¡Qué veo! Los de Patrick ceden.

Pero, ¡ah! no! Los del Duque retroceden  
al indomable empuje de los míos.

Ya ganaron el patio: sí; ya llegan.

JUANA. Oh! yo debo salir: hacer que cese  
esa contienda ruda...

MARIA. Y no se entregan!

Mas, no pueden triunfar, mal que les pese.  
JUANA. Sí... yo voy. (Viendo á María que la cierra el paso.)  
Dios eterno!

MARIA. Atrás, señora.

JUANA. Oh! me impedís salir.

MARIA. Sí.

JUANA. Pues, acaso

habeis vencido ya?... No; por ahora  
aún soy yo vuestra Reina... ¡Abridme paso!

MARIA. Mi Reina! Vuestra mente desvaría!  
¿Dónde está vuestro reino? Decid, ¿dónde?  
Vos mi Reina!... Escuchad.

PAT. (Dentro.) Viva María!

MARIA. La voz del pueblo, por mi voz responde.

## ESCENA XVI.

DICHOS<sup>1</sup>, GUILFORD, DUQUE, CABALLEROS y PUEBLO.

Todos los Caballeros entran arrollados por el pueblo.

JUANA. ¡Oh! ¡Dios mio, piedad!

GUILF. Suerte tirana.

Esas puertas cerrad.

(Viendo que el pueblo invade la sala.)

Oh, Dios! Ya es tarde.

MARIA. De ese inútil valor no hagais alarde.

Ya la victoria es mia.

PAT. (Avanzando hácia Juana.) Muera Juana!

GUILF. Aquí, junto á la Reina, Caballeros!

Su vida defender es nuestra empresa.

JUANA. (Bajando del trono y colocándose en medio de ambos bandos.)

Ah! no, no. Que no manche los aceros  
una gota, por Dios, de sangre inglesa.

Mi corona tomad, tomad mi vida;  
mas no lucheis, por Dios: sangre vertida  
en las luchas civiles,

es una maldicion que desprendida  
de la mano de Dios, daños á miles

arroja sobre el pueblo fratricida.

DUQUE. (Á Guilfort.) En Oxford un ejército te espera, cumple con tu deber, parte al momento.

GUILF. Y ella? (Al Duque.)

DUQUE. Vé al punto: mi esperanza entera en tí y en el ejército cimento.

GUILF. Cumpliré mi deber. (Se acerca á la puerta y sale.)

MARIA. Y vos, señora,  
deponed el monárquico atavío;  
bajad del trono, Reina de una hora!  
Yo le voy á ocupar, porque ya es mio.

JUANA. Há poco os le ofrecí con alma entera  
y os lo voy á dejar con toda el alma.  
Á ocuparle subid y el cielo quiera  
que le dejeis cual yo, de igual manera,  
alta la frente y la conciencia en calma.

MARIA. Basta. Patrick, á Juana te encomiendo  
y al Duque.

PAT. Mi cabeza  
de ellos responderá.

DUQUE. (Ap. á Juana.) Guilfort venciendo  
ál frente, os salvará de la nobleza.

JUANA. ¿Está en salvo?

DUQUE. Sí, libre.

JUANA. Dios del cielo!  
¡Gracias!

PAT. Duque, la espada.

DUQUE. Tomadla. Ya se cumple vuestro anhelo;  
mas quién conoce el fin de la jornada.

PAT. Seguidme... y vos tambien, usurpadora!

MARIA. Á tu venganza su castigo fio.

PAT. Descuidad.

MARIA. Ya soy Reina; ya era hora.

JUANA. Ya no reino. Oh, placer! ¡Gracias, Dios mio!  
(María contempla la marcha del Duque y de Juana  
conducidos por Patrick y el pueblo. Los nobles rodean  
á María.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





---

---

## ACTO TERCERO.

---

Salon en la torre de Lóndres. Puertas al foro y laterales. Una ventana practicable, cerca de la cual habrá un Crucifijo con una lámpara fija encendida.

### ESCENA PRIMERA.

PATRICK y un CAPITAN.

PAT. En vos tranquilo confio.  
Mi confianza os otorgo  
y presumo que fielmente  
cuidareis, Hárris, de todo.  
(Váse el Capitan.)  
Al fin se aproxima el dia  
(Bajando al proscenio.)  
en que sin dique ni embozo  
en Inglaterra domine  
como nadie, poderoso.  
Guilfort, derrotado y preso,  
un obstáculo tan sólo  
tengo que vencer; mas puedo  
destruirlo con un soplo.  
Alguien se acerca. ¡La reina!...  
¡Qué palidez en su rostro!...  
¡Qué inquietud en su mirada  
y en su actitud qué trastorno!...

ESCENA II.

PATRICK y MARÍA, preocupada.

- PAT. ¡Dios os guarde!
- MARIA. ¡Ah! ¡Patrick! ¿Sabes?...
- PAT. Guilfort de un momento á otro  
debe llegar á la torre.  
Derrotado junto á Oxford,  
ya nadie puede, señora,  
disputaros vuestro sólio.
- MARIA. ¿Y hoy llegará?
- PAT. (A la ventana.) Sí, señora.  
¿Veis aquel turbion de polvo?  
La escolta que á Guilfort trae  
lo produce.
- MARIA. ¡Oh Dios!
- PAT. ¿Supongo  
que no le vereis?
- MARIA. ¡Quién sabe!...  
¿Y aquí qué hacias tan sólo?...
- PAT. Cumplir mi deber, señora.  
Vigilante y cuidadoso,  
tratar de que nadie pueda  
robarnos nuestro tesoro.
- MARIA. ¡Tesoro!
- PAT. Sí, lady Juana.
- MARIA. ¡Ah!
- PAT. Pudieran un trastorno  
promover sus partidarios  
y arrebatárnosla.
- MARIA. ¡Loco  
pensamiento!...
- PAT. ¡Por si acaso!...
- MARIA. ¡Al cielo pluguiera!...
- PAT. ¿Cómo?
- MARIA. Sí, Patrick; ¿á qué ocultarlo?...  
Entre mil dudas zozobro,

y no sé que rumbo puedo  
tomar entre tanto escollo.

PAT. Es natural. Juana vive  
y mientras viva, es notorio  
que inquieta estareis, señora.  
Pero mandádmelo y pronto  
corta su cuello el verdugo.

MARIA. ¡Más sangre!... ¡Dios poderoso!...  
¡Oh! No; no puedo; ya en ella  
me parece que me ahogo.  
Cuando ví que me usurpaban  
mi corona, atenta sólo  
á mi venganza, en la muerte  
pensaba, Patrick, de todos.  
Pero hoy que al fin he vencido,  
del corazon en el fondo  
siento no sé si clemencia  
ó debilidad. Mi enojo  
se ha calmado con la sangre  
del Duque y de varios otros,  
y aun así, Patrick, un velo  
sangriento cubre mis ojos.  
¡Sangre encuentro en lo que miro,  
sangre veo en lo que toco,  
y encuentro en sangre teñido  
hasta el dosel de mi trono!...

PAT. Pues bien, perdonad á Juana  
y que unida con su esposo...

MARIA. ¡Oh! ¡Jamás!

PAT. ¿Le amais?

MARIA. Le amo,  
y al mismo tiempo le odio.

PAT. Pues entónces...

MARIA. Vete, Patrick.

PAT. Obedezco, pues estorbo.

MARIA. Quiero meditar á solas,  
á ver si calmarme logro.

PAT. Dios os guarde. (¡Quién penetra  
sus pensamientos recónditos!) (vase.)

ESCENA III.

MARÍA.

¡Dios eterno!... ¡Qué ansiedad!...  
¿Qué voy á hacer? ¡No lo sé!  
Decidirme no podré  
entre muerte ó libertad.  
Darla muerte, es crueldad,  
darla libertad, locura,  
pues si aquí no la asegura  
mi rencor en duros lazos,  
de Güilfort irá á los brazos  
á gozar dicha y ventura...

—  
¡Y eso no!... ¡no puede ser!...  
¡Fuera grande!... ¡Grande, sí!...  
pero hay una voz aquí  
que no me deja poder.  
¿Cómo puede una mujer,  
á quien el amor devora,  
ser de su alma tan señora  
que, volviendo bien por mal,  
lleve á su misma rival  
á los brazos del que adora?

—  
¡Oh! No. Mi mente se abisma  
en esta lucha que aterra.  
¡Mandar en toda Inglaterra  
y no mandar en mí misma!...  
¡Oh, Dios!... Tan horrible cisma  
me enseña por conclusion,  
que es más fácil la nacion  
más rebelde dominar,  
que no conseguir mandar  
en el propio corazon.

—  
Pero... ¡Basta de ansiedad,

ella lo ha de decidir!...  
Juana es quien debe elegir  
entre muerte ó libertad.  
Ella mi felicidad  
mató con su casamiento,  
y en la clemencia presiento  
la aurora de mi esperanza.  
Renunciaré á mi venganza  
si renuncia á mi tormento.

—  
¡Hola! (Sale el Capitan.)  
Conducid aquí  
á lady Juana... (Entra el Capitan, puerta derecha.)  
¿Quién sabe?...  
Puede que un perdon acabe  
esta lucha que hay en mí...  
La astucia me ayudará...  
yo la sabré convencer...  
¡Qué no puede una mujer  
enamorada?—Aquí está.  
(Hace ademán de que se retire al Capitan.)

#### ESCENA IV.

MARÍA y JUANA.

- MARIA. Acercaos... Os llamé,  
porque necesito hablaros.
- JUANA. Dispuesta estoy á escucharos.
- MARIA. Mas, ¿por qué seguís en pié?
- JUANA. Porque prisionera estoy  
y ante una Reina he venido.  
Hoy si que dais al olvido,  
lo que sois y lo que soy.
- MARIA. Humilde estais en verdad;  
mas reparad, por favor,  
que no hay orgullo mayor  
que la fingida humildad.
- JUANA. De amargura el alma llena,

perdida mi dulce calma,  
no tengo un sitio en el alma  
que no le ocupe una pena.  
Las desdichas en tropel  
toda el alma han invadido,  
y el orgullo... ha conocido  
que no hay sitio para él.

MARIA. No obstante, tenéis tesón  
y rencor por lo que veo.  
No existe en el mundo un reo  
que no anhele su perdón...  
y de vos esperaré en vano,  
que me le hubiérais pedido.  
¿Es que no lo habeis querido  
porque viene de mi mano?

JUANA. Yo ofrecí por merecerlo,  
á la Princesa María,  
la corona que tenía  
y no quiso concederlo.  
Si ofreciendo un trono ayer  
no quisísteis aceptar,  
hoy que nada os puedo dar,  
¿cómo lo he de pretender?

MARIA. Pues, bien; yo os doy mi perdón,  
Juana... ¡ya podéis vivir!...

JUANA. ¡Ah! ¿Vos podéis consentir?...

MARIA. Sí; con una condición.  
Habéis de vivir de hoy más  
de la Inglaterra alejada  
y de Guilfort separada,  
sin reuniros jamás.

JUANA. ¡Es mi esposo y queréis vos  
que os obedezca!... ¿Dejarle?...  
¡Oh! no. Me mandan amarle  
mi corazón y mi Dios.

MARIA. Repara...

JUANA. No prosigais:  
meditad lo que decís.  
Vale más lo que pedís,

que la vida que me dais.  
Sí; poned precio mayor  
á ese perdon... mercancía,  
que es poco la vida mia  
para comprarme mi amor.

MARIA. ¿Precio mayor? ¡Ah!... reposo  
al mirar mi afan cumplido.  
Ya tu vida no te pido;  
te pido la de tu esposo.

JUANA. ¿Su vida? Vuestro poder  
no alcanza á tanto... ¡Mentira!...  
Libre se encuentra.

MARIA. No; mira,  
(Llevándola á la ventana.)  
desde aquí le puedes ver.

JUANA. ¡Él!

MARIA. En mi poder está.

JUANA. ¡Mas no le dareis la muerte!

MARIA. Obedéceme, ó la suerte  
de su padre correrá.

JUANA. ¡Pero no alcanzo, Dios santo,  
qué es lo que quereis de mí!...

MARIA. ¡Que sufras lo que sufrí...  
y yo sufrí tanto... tanto!...  
De tí, de Guilfort quisiera  
vengarme... ¿Lo oyes?

JUANA. María,  
por la de Guilfort daría  
mil vidas, si las tuviera.

MARIA. ¡Tu vida!... Soy más cruel;  
más mi venganza desea:  
quiero que Guilfort te crea  
ingrata, perjura, infiel.

JUANA. ¡Dios santo! Y ¿cómo aspirais  
á cumplir tan ruin vileza?  
¿Él dudar de mi pureza,  
de mi fé? No lo creais.  
Y si la duda menor  
su corazon abrigára,

- el dueño mio espirára  
de vergüenza y de dolor.
- MARIA. Nécia ilusion. Yo he de ver  
mi ferviente afan cumplido.  
Ya tu perdon te he ofrecido.  
¿Quieres el suyo obtener?
- JUANA. ¡Oh!... Si; pero no en su agravio  
empañeis la honra que vive  
ilesa en mi pecho.
- MARIA. Escribe  
lo que te dicte mi lábio.
- JUANA. Tengo miedo. ¡Siento helada  
mi sangre!... ¿Qué he de escribir?...
- MARIA. Lo que basta á destruir  
esa pasion ponderada.
- JUANA. ¡Compasion!
- MARIA. Mi voluntad  
cúmplase, Juana, al momento.
- JUANA. ¿Cómo puede el pensamiento  
concebir tanta maldad?
- MARIA. ¡Basta!... Sin más dilacion  
pierda Guilfort la existencia.  
Dictada está su sentencia;  
ven á ver la ejecucion.
- JUANA. ¿Ver su sangre derramada  
sobre cadalso afrentoso?...  
¡No, no; vive, dulce esposo...  
y muera yo deshonrada!...  
Dictad.
- MARIA. (Dictando.) «Guilfort: la bondad  
de nuestra reina María,  
me concede en este dia  
la vida y la libertad.  
Tan frágil como el cimientto  
de un trono que ya se hundió,  
fué el lazo que nos unió.  
Mas si en aciago momento  
á torpe ilusion cedí,  
hoy, al recobrar la calma,



renacer sienta en el alma  
la libertad que perdí.  
Si distinta fé los dos  
abrigamos, el destino  
desune nuestro camino  
por la voluntad de Dios.  
No os amo: no volveré  
á veros: huid de mí.  
Me mandan obrar así  
mi corazón y mi fé.»

—En breve será cumplido  
el perdón que os he otorgado.  
Pronto estareis libre, al lado  
de vuestro padre querido.  
Él consolaros sabrá  
con su paternal dulzura,  
y vereis vuestra amargura  
cómo endulzándose vá.

JUANA. ¡Ay, señora!... es tan cruel  
esta desventura mía,  
que en el cielo lloraría  
si no fuera al cielo él.

MARIA. Fío en vuestra lealtad.  
Temblad si me haceis traición,  
vos que sabéis el tesón  
de mi firme voluntad.  
Pongo al cielo por testigo  
de que con la muerte en guerra,  
no dejaré en Inglaterra  
ni un traidor, ni un enemigo.

JUANA. ¡Oh Dios!... si no puede ser;  
si no cabe en mi cabeza  
que encierre tanta dureza  
un corazón de mujer.

MARIA. Que fuera inútil sospecho  
deciros más por ahora.

JUANA. Dios os perdone, señora,  
todo el mal que me habeis hecho.  
Mas si de mi amor me alejo;

si todo lo pierdo hoy;  
si con mis desgracias voy,  
con vuestra conciencia os dejo.

### ESCENA V.

DICHOS y PATRICK.

- PAT. ¡Ah, señora!...
- MARIA. ¿Qué sucede?...  
¡Qué agitacion!...
- PAT. Las noticias  
que vengo á comunicaros  
esta agitacion motivan.
- MARIA. Pues ¿qué ocurre?... ¡Dime... Patrick!
- PAT. ¡Que contra vos se conspira!
- MARIA. ¿Cómo? ¿Y quién?
- PAT. Williams, señora,  
que de su deber se olvida,  
debía entregar la torre.
- MARIA. ¡Otro traidor!
- PAT. Mas por dicha,  
donde la traicion fermenta,  
nuevas traiciones germinan.  
Alguno de los rebeldes  
me descubrió su perfidia,  
y Williams en el cadalso  
pagará su alevosía.
- MARIA. ¡Oh, sí, Patrick!... que el castigo  
á su torpe infamia siga.
- PAT. ¡Seguirá, sí!... Mas importa  
que esto no llegue á noticia  
de los rebeldes, que entónces  
si lo supieran, podrian  
dilatarse esa asonada,  
y que hoy estalle precisa,  
pues conociendo su intento  
será su traicion indigna  
lo que la luz del relámpago  
que se pierde apenas brilla.

- JUANA. (¡Oh, Dios mio! ¡Que no pueda yo salvarlos! ¡Ah! ¡Mi vida diera!) Señora, yo os pido indulgencia. Sed benigna con ellos, sí... castigadme á mí, pues quizás motiva mi libertad ese intento.
- PAT. Quizás sois quien apadrina la rebelion.
- JUANA.                               ¿Yo? ¡Dios mio!  
¡Yo la lucha fratricida promover! ¡Ah!... ¡cielo santo!
- MARIA. No, Juana; os hago justicia y creo estais inocente.
- JUANA. ¡Oh! ¡Gracias!
- MARIA.                               Salid.
- PAT.                                       (¡Que viva aún!)
- MARIA.                               Id á vuestra estancia, que pronto será cumplida mi palabra.
- JUANA.                               ¿Y ellos?
- MARIA.                               Juana,  
dejad que su curso siga la ley.
- JUANA.                               ¡Oh!
- MARIA.                               ¡Salid!
- JUANA.                               (¡Dios mio!...  
á tí mi fé los confia!) (Ap. al salir.)

## ESCENA VI.

MARÍA y PATRICK.

- PAT.                               ¿Y la juzgais inocente?
- MARIA. Sí, en verdad.
- PAT.                               ¿Y no imagina vuestra gracia que ella sola es quien al motin da vida?

MARIA. No, Patrick. Y aunque ella fuese,  
¿qué me importa?

PAT. ¿Quién atina  
lo que pensais?

MARIA. Nadie, Patrick.  
Hoy me embarga la alegría.

PAT. No os comprendo.

MARIA. Ni hace falta.

PAT. Vuestro corazón se inclina  
á Guilfort, mas él adora  
con ferviente idolatría  
á lady Juana.

MARIA. ¿Quién sabe!...

PAT. Señora, nadie adivina  
vuestros planes.

MARIA. No me importa.

PAT. Oscuros son á fé mia,  
y proyectos tan oscuros  
ó nunca ó muy tarde brillan.

MARIA. Oscuros, porque tus ojos  
no los ven aunque los miran.  
Es, cuando más brilla el sol  
cuando más ciega la vista.

PAT. ¡Pero habrá de morir Juana!

MARIA. ¡Oh! no. No quiero más víctimas.

PAT. Si ella no muere, no alcanzo  
cómo lográreis cumplida  
vuestra esperanza.

MARIA. El divorcio...

PAT. Como Guilfort no lo pida...

MARIA. Lo pedirá.

PAT. Há largo rato  
llegó.

MARIA. ¿Sí?

PAT. (¡Privanza mia,  
alerta!)

MARIA. Tráele al instante.

PAT. (¡Oh! ¡Sí!... Mi favor peligra.) (váse.)

ESCENA VII.

MARÍA.

¡Oh! Que venga. En este pliego  
se encierra toda mi dicha:  
Guilfort, cuando en sus renglones  
fije asombrado la vista,  
verá, y en ello confío,  
quién es de su amor más digna:  
si la que amada le deja;  
ó quien le busca ofendida.

ESCENA VIII.

DICHA, PATRICK, GUILFORT y GUARDIAS.

MARIA. ¡Ah!... ¡Guilfort!...

GUILF. (Severo.) ¡Señora!

MARIA. ¡Vos!...

¡Vos prisionero y rendido!...

GUILF. Señora, así lo ha querido  
quien todo lo puede, Dios.  
Hizo bien; porque vivir  
me cansa, como luchar,  
y anhelo ya descansar  
y necesito morir.

MARIA. ¡Morir vos, Guilfort!...

GUILF. Sí, á fé!

PAT. (¿Qué mandais, señora?) (Ap. los dos.)

MARIA. (Corre;

custodia á Juana en la torre  
sin perder momento. Vé.)  
(Vánse Patrick y los Guardias.)

ESCENA IX.

MARÍA y GUILFORT.

MARIA. ¡Y bien, Guilfort!...

GUILF. ¿Dónde está  
Juana?

MARIA. Clemencia alcanzó  
y luego á Lóndres dejó.

GUILF. ¡Imposible!

MARIA. Cierto.

GUILF. ¡Ah!  
¿Conque logró tal merced?

MARIA. Jamás indulgencia niego.

GUILF. (¡Mató á mi padre!)

MARIA. Este pliego  
escribió al partir: leed.

GUILF. ¿A mí dirigido?

MARIA. Sí.

Leed.

GUILF. ¡Adorada Juana! (Besando el pliego.)

MARIA. ¿No leéis?

GUILF. (Después de leer el pliego rápidamente.)

¡Suerte tirana!

¡Dios mio, piedad de mí!

¡Infame! ¡Plugiera á Dios

que ántes de leer muriera!

MARIA. Ved, Guilfort, de qué manera

nos juzgásteis á las dos;

una para ser querida,

otra para ser odiada.

Mirad si la despreciada

es la que os vende y olvida.

Os dejo.

GUILF. Dejadme, sí.

(¡Quién creyera tal traicion!)

MARIA. (¡Amor, venganza, ambicion!...

¡Ya estais más cerca de mí! (Ap. al salir.)

ESCENA X.

GUILFORD.

Despues de fijarse en el pliego, dice:

¡Dios mio!... ¡Será verdad!...  
¿Será cierto lo que leo,  
ó es que mi amante ansiedad  
se forja una realidad  
tan contraria á mi deseo?  
¡Pero no, seguro estoy!...  
Ciertos son mis tristes daños.  
Mas ¡ah! tan amante soy,  
que en mis propios desengaños  
buscando consuelos voy.  
¡Loco por desgracia fuí!  
Fatal mi contraria estrella  
me trajo en mal hora aquí...  
¡Pensaba vivir por ella,  
y ella, infiel, huye de mí!  
De mí, que al hallarla un dia  
en la casa de su padre,  
en que alejada vivia,  
yo que entónces, sólo habia  
amado á mi pobre madre;  
sentí mi alma ir en pos  
de otra mujer la calma  
en mi pecho, rogué á Dios  
que diera más vida al alma  
para amarlas á las dos.  
Y al mirarla tan hermosa,  
á sus engaños ajeno,  
juzgué su alma candorosa,  
qué, ¿quién teme hallar veneno  
en el cáliz de una rosa?  
Hoy rasgó mi ceguedad  
su engañoso proceder;

¡triste suerte á la verdad,  
que esa luz que llevo á ver  
sea luz de tempestad!  
Mas quizá el cielo propicio  
me vuelva con tal suplicio  
de mi amoroso desmayo.  
¡Bien haya la luz del rayo  
si advierte del precipicio!...  
(Sale Patrick.)

## ESCENA XI.

DICHO y PATRICK.

- PAT. (Es preciso averiguar...)  
Milord, os venia á dar  
mi cumplida enhorabuena,  
porque en palacio se suena  
que al fin llegais á privar.
- GUILF. ¿Qué decís? Por vida mia,  
que he de perder la razon  
en este maldito dia.
- PAT. Que nuestra reina María  
os rinde su corazon;  
que olvidais al fin á Juana,  
vuestra forzosa mujer,  
que esclavizaba tirana  
con los recuerdos de ayer  
la esperanza del mañana.  
Que se rompe vuestra union  
con ella... porque sabeis  
que un cambio de religion  
rompe el lazo que teneis...  
Estas mis noticias son.
- GUILF. ¡Viven los cielos! ¡Callad!
- PAT. Tal respuesta no merece  
mi franca sinceridad.  
¿Sabeis, milord, que parece  
que os asusta la verdad?



GUILF. ¿Qué decís?...

PAT. Que juraria  
que os arrebatara la calma  
pensar con nécia porfia  
en aquella á quien un dia  
amásteis con toda el alma.  
Pensar que sacrificais  
su amor, su fé, su inocencia  
si con la reina os casais...  
si teneis tanta conciencia,  
os juro que no medrais.

GUILF. No sé cómo puedo oír  
ese irónico desden.  
¿Es tan poco mi sufrir  
que os es preciso venir  
á colmarlo vos tambien?  
¿Creeis que mi corazon  
tan presto pudo olvidar  
de Juana la vil traicion,  
que tengais la precision  
de hacérmela recordar?

PAT. ¿Traicion decís? (¡Oh! presiento  
el oculto pensamiento  
de la reina!) ¡Así ultrajarla!...  
¡Quién tuvo el meguado intento  
de venir á calumniarla!...  
Yo os juro que puedo hacer  
que esa creencia engañosa  
se llegue á desvanecer.  
Yo custodio á vuestra esposa.  
Decidme: ¿la quereis ver?

GUILF. ¡Dios mio!

PAT. Responded.

GUILF. No.

Mi esposa Juana partió;  
María me lo asegura,  
y de que es vil y perjura  
tengo aquí las pruebas yo.

PAT. Os engañan... No os asombre,

porque os parezca increíble;  
os lo juro por mi nombre.  
(¡Ah! Yo pondré un imposible  
á la privanza de este hombre.)  
Juana os adora.

GUILF. Callad.

PAT. Nunca su pasión sincera  
ha sido mayor verdad.

GUILF. ¡Es falso!...

PAT. Juana os espera.

GUILF. ¡Digo que mentís!

(Patrick ha ido á la puerta y dice al abrirla:)

PAT. ¡Mirad!

GUILF. ¡Oh! ¡La perjura!... ¡Señor,  
dadme sereno valor!...  
¡Dios mio!... de vos lo imploro;  
que en mis frases de rencor  
no adivine que la adoro.

## ESCENA XII.

DICHOS y JUANA.

PAT. Llegad, Juana... Vedle allí.

JUANA. (¡Dios mio!) ¡Guilfort!...

GUILF. ¡Señora!...

PAT. (Bien: ya están juntos. Ahora,  
lo demás me toca á mí.) (Vás.)

JUANA. ¡Tú en la torre!

GUILF. ¡Sí, por Dios!...

Aquí el cielo me ha traído  
para saber cuánto olvido  
y cuánta infamia hay en vos.

JUANA. ¡Guilfort!...

GUILF. Para ver aquí  
si aquella mujer querida  
que era el alma de mi vida,  
huye, traidora, de mí.

JUANA. No, Guilfort!...

GUILF.

La prueba ved.

Este escrito me enviásteis,  
y por si acaso olvidásteis  
lo que escribísteis, leed.  
Leed, sí, leed, señora...  
y decidme si os parece  
que premio tan vil merece  
quien tan amante os adora.  
Que os adora dije... no;  
que el alma, ante tal falsía,  
con vergüenza mira el dia  
en que engañada os amó.

JUANA.

No aumentes mi padecer;  
calla, Guilfort, por favor,  
que vá á faltarme el valor  
para cumplir mi deber.

GUILF.

¿Cumplir tu deber así?

JUANA.

Sí, Guilfort.

GUILF.

¡Sarcasmo impío!...

JUANA.

Sí; yo en salvarte confío  
y por eso huyo de aquí.

GUILF.

¿Huís de aquí? ¡Vive Dios!...  
¡Ese premio han merecido  
todos los que han decidido  
perder su vida por vos!...

JUANA.

Por mí exponerse... ¡ah! ¿por qué  
caminan ciegos así?

Nunca mi trono pedí  
ni su sangre reclamé.

GUILF.

Decís bien; su afan es nécio:  
pues de vos han merecido  
su lealtad el olvido  
y su valor el desprecio.  
¡Obrad como más os cuadre!...  
Buscad tranquilo reposo...  
Vendísteis á vuestro esposo...  
matareis á vuestro padre.

JUANA.

¡Mi padre!...

GUILF.

Sí; reunidos

tiene á los nobles parciales  
y hoy lucharán cual leales.

JUANA. ¡Ah, Dios mio!... ¡Están perdidos!...

GUILF. ¿Qué decís?

JUANA. Conoce el plan  
la reina... prender mandó  
á Williams... Lo escuché yo.

GUILF. ¡Oh! Pues bien, se salvarán;  
que si María procura  
ver su rencor satisfecho,  
como tigre que en acecho  
juzga su presa segura,  
recelando una traicion  
que malogre la partida,  
una señal convenida  
tenemos de salvacion.

JUANA. ¿Cuál?

GUILF. Si al sonar la campana  
no se debe el golpe dar,  
una luz ha de brillar  
en esa misma ventana.  
Y si á Williams se prendió,  
el cielo me trajo aquí.

JUANA. ¡Horrible lucha ¡ay de mí!  
en el alma siento! ¡Oh!

GUILF. Ya podeis partir, señora.

JUANA. ¡Guilfort!

GUILF. ¡Dejadme!

JUANA. ¡Piedad!

¡Ah! No tanta crueldad  
con quien tu piedad implora.  
Oye mi ruego propicio.

GUILF. No escucha la ofensa mia.

JUANA. Guilfort, tú sabrás un dia  
cuánto fué mi sacrificio.

GUILF. No os comprendo. Algun horrible  
misterio vos me ocultais.  
¡Siendo perjura así hablais!...  
¡Oh! Decid...

JUANA. No; no es posible.  
GUILF. ¡Habla!  
JUANA. No; debo callar.  
Callar me manda mi amor.  
GUILF. Soy tu esposo, y es mi honor,  
mi honor que te dí á guardar,  
el que exige que hables.  
JUANA. ¡Oh!  
¿Dudarías de mi honra?  
¡Todo menos la deshonra! (Aparece María.)  
Oye.—¡La reina! (viéndola.)  
GUILF. ¡Habla!  
JUANA. ¡No!

### ESCENA XIII.

DICHOS, MARIA, luego NOBLES.

MARIA. (¡Ah! ¡Los dos! Me vendió infiel  
Patrick.)  
GUILF. Habla y te prometo  
guardar siempre este secreto.  
JUANA. ¡Nunca lo sabrás!  
MARIA. (¡Me es fiel!)  
¡Juana!...  
GUILF. ¡María!...  
MARIA. Llegad.  
Cumplísteis lo prometido  
y el perdon que os he ofrecido  
es al fin vuestro. Tomad.  
(Dándole un pliego.)  
Ya veis cómo cumplo yo.  
JUANA. ¡Ya podré salir!  
MARIA. Mañana  
saldreis de la torre, Juana.  
JUANA. ¿Ahora no puedo?  
MARIA. Ahora no.  
JUANA. (¡Oh, Dios mio!... y no podré  
salvar á mi padre...)



**GUILF.** Haced lo que más os cuadre;  
mas no podeis conseguir  
que deje de maldecir  
al verdugo de mi padre.  
¿Y cómo olvidar sus penas,  
si su sangre derramada  
que está en un cadalso helada,  
es esta que arde en mis venas?

**JUANA.** ¡Oh! ¡Perdonadle!... el dolor  
es quien su mente extravía.

**GUILF.** No aumentes tú mi agonía,  
que me ofende tu favor.  
¿Quieres quizás que mancille  
mi honor tan villanamente?  
¿Quieres que mi altiva frente  
ante esa bastarda humille?

**MARIA.** ¡Guilfort!...

**PAT.** ¡Señora!

**JUANA.** ¡Ay de mí!...

**MARIA.** Vuestra perdicion buscasteis  
cuando á la Reina ultrajásteis.

**PAT.** Bastarda!...

**GUILF.** ¡Bastarda... sí!...

**MARIA.** ¡Prendedle!... ¡De ofensa tal  
el castigo necesito!  
(Empieza el toque de queda.)

**GUILF.** ¡La campana... Dios bendito!...  
¡Y yo preso!...

**JUANA.** (¡La señal!)

**GUILF.** ¡Oh! ¡Dejadme!...

**PAT.** La campana  
á mis manos los traerá.

**JUANA.** (¡Dios mio, y nadie pondrá  
una luz en la ventana!...)

**MARIA.** ¡La ley sabrá castigarlos!

**JUANA.** ¡Oh, Dios, que estás en la cruz,  
Tú que creaste la luz,  
dame luz para salvarlos!  
¡Oh! ¡Gracias!...

(Yendo al Crucifijo con el perdon.)

¡Podré lograr

la vida de todos ellos!...

MARIA. ¡Ah! ¿Qué haceis?

(Viendo que ha encendido el pliego en la luz y le asoma á la ventana.)

JUANA. ¡Salvar á aquellos  
que me querian salvar!

GUILF. ¡Ah, mi Juana!...

JUANA. De esta suerte  
alcanzo su salvacion.

MARIA. ¡Ah! Quemando mi perdon.  
Estás buscando tu muerte.

JUANA. Como esta llama encendida  
que brillando se destruye,  
así mi vida concluye  
dando á los demás su vida.

MARIA. ¿Qué dice?...

PAT. ¡Traicion!...

JUANA. Cumplir

pude ya lo que anhelé!

(Con alegría y fijándose en el Crucifijo.)

¡Señor, sus vidas salvé!...

¡Gracias!... ¡Ya puedo morir!

GUILF. ¡Bien mio!...

JUANA. Á tu lado voy...

Matadme con él, señora,  
pues mi corazon le adora  
y su fiel esposa soy. (Á María.)

MARIA. ¡Oh!

JUANA. Mi bien, no te vendí.

Jamás mi honor olvidé.

Si mi perdon acepté,  
fué para salvarte así.

MARIA. Basta. La Reina-ultrajada,  
la mujer así ofendida,  
no ha de ceder en su vida  
de su marcha comenzada.  
Á Dios puse por testigo



de que con la suerte en guerra,  
no dejaré en Inglaterra  
ni un traidor ni un enemigo.

**GUILF.** Será vano vuestro empeño.  
Nadie de uno os libraré  
tan terrible, que podrá  
hasta turbar vuestro sueño.  
Vos que abrigais la demencia  
de imponerle vuestro yugo,  
ved si teneis un verdugo  
que os mate vuestra conciencia.

**MARIA.** ¡Patrick, cumple tu deber!...  
Tienes mi sello en tu abono;  
justicia pide mi trono;  
vé tú cómo se ha de hacer. (Váse.)

**PAT.** ¡Guardias!

**JUANA.** ¡Guilfort!...

**GUILF.** ¡Juana!... Juana!...

¡Alma mia!... ¿Tú morir?

**JUANA.** ¡Así pretendo cumplir  
la pobre justicia humana!...

**PAT.** ¡Acabemos!...

**GUILF.** ¡Ah! ¡Por qué  
nos trata con tal rigor  
el cielo!...

**JUANA.** ¡Guilfort, valor!...

¡Valor, esperanza y fé!

**GUILF.** ¡Valor, y vas á morir!...

¡Ah! Maldiga Dios...

**JUANA.** Advierte

que la hora de la muerte  
no es hora de maldecir;  
que al ver cerca la ocasion  
en que Dios nos vá á juzgar,  
es preciso perdonar  
para lograr su perdon.  
Piensa que la muerte es vida;  
que al romper la criatura  
su prision de barro, pura

vuela el alma redimida  
á esos espacios sin nombre,  
donde entre bello esplendor  
se alza el todo del Señor  
sobre la nada del hombre.  
Piensa que el Señor nos vé,  
y que en la prueba más ruda  
jamás se salva el que duda,  
se salva el que tiene fé.

PAT. ¡Separadlos ya!...

JUANA. ¡Señor!...

¡si es que no está mi conciencia  
pura, ten de mí clemencia!

GUILF. ¡Juana!... ¡Bien mio!...

JUANA. ¡Valor!...

GUILF. ¡Porque te pierdo es mi duelo!...

JUANA. Sé que no puedo perderte.

GUILF. ¡Juana!... ¡Nos llama la muerte!...

JUANA. ¡Guilfort!... ¡Nos espera el cielo!...

(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

# DE MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

**RAMÓN CABALLER**

CON UN PRÓLOGO

DE

**DON EDUARDO BENOIT**

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

---

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

---

Cuaderno **44**—Precio: **2** reales  
(Contiene los pliegos 130 á 132)

---

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

---

MADRID

# M O D I S M O

(THESE SONT LES SEULES)

BRUNO & TOME DE SEULES EN FRANCE

COLLECTIONS

LE MOIS DE MARS

DE LA BIBLIOTHEQUE

BOURBONNAIS

DE LA BIBLIOTHEQUE

DE LA BIBLIOTHEQUE

Collection de la Bibliothèque

(C'est la seule collection)

1844

BIBLIOTHEQUE DE LA BIBLIOTHEQUE